

EL ROSTRO HUMANO DE DIOS

El cuarto evangelio comienza con un prólogo muy especial. Es una especie de himno que, desde los primeros siglos, ayudó decisivamente a los cristianos a ahondar en el misterio encerrado en Jesús. Si lo escuchamos con fe sencilla, también hoy nos puede ayudar a creer en Jesús de manera más profunda. Sólo nos detenemos en algunas afirmaciones centrales.

«*La Palabra de Dios se ha hecho carne*». Dios no es mudo. No ha permanecido callado, encerrado para siempre en su Misterio. Dios se nos ha querido comunicar. Ha querido hablarnos, decirnos su amor, explicarnos su proyecto. Jesús es sencillamente el Proyecto de Dios hecho carne.

Dios no se nos ha comunicado por medio de conceptos y doctrinas sublimes que sólo pueden entender los doctos. Su Palabra se ha encarnado en la vida entrañable de Jesús, para que lo puedan entender hasta los más sencillos, los que saben conmoverse ante la bondad, el amor y la verdad que se encierra en su vida.

Esta Palabra de Dios «*ha acampado entre nosotros*». Han desaparecido las distancias. Dios se ha hecho «carne». Habita entre nosotros. Para encontrarnos con él, no tenemos que salir fuera del mundo, sino acercarnos a Jesús. Para conocerlo, no hay que estudiar teología, sino sintonizar con Jesús, comulgar con él.

«*A Dios nadie lo ha visto jamás*». Los profetas, los sacerdotes, los maestros de la ley hablaban mucho de Dios, pero ninguno había visto su rostro. Lo mismo sucede hoy entre nosotros: en la Iglesia hablamos mucho de Dios, pero nadie lo hemos visto. Sólo Jesús, «*el Hijo de Dios, que está en el seno del Padre es quien lo ha dado a conocer*».

No lo hemos de olvidar. Sólo Jesús nos ha contado cómo es Dios. Sólo él es la fuente para acercarnos a su Misterio. Cuántas ideas raquíticas y poco humanas de Dios hemos de desaprender y olvidar para dejarnos atraer y seducir por ese Dios que se nos revela en Jesús.

Cómo cambia todo cuando uno capta por fin que Jesús es el rostro humano de Dios. Todo se hace más simple y más claro. Ahora sabemos cómo nos mira Dios cuando sufrimos, cómo nos busca cuando nos perdemos, cómo nos entiende y perdona cuando lo negamos. En él se nos revela «*la gracia y la verdad*» de Dios.

José Antonio Pagola

Juan 1, 1 - 18

II DOMINGO DESPUÉS DE NAVIDAD / B

HOMILÍAS JOSÉ ANTONIO PAGOLA

Vino a su casa, y los suyos no le recibieron.

Jn 1, 1-18

[Vivir sin acoger](#)

[Vino a su
casa](#)

[Acoger la Palabra de Dios](#)

VIVIR SIN ACOGER

Todos vamos cometiendo a lo largo de la vida errores y desaciertos de todo tipo. Calculamos mal las cosas. No medimos bien las consecuencias de nuestros actos. Nos comportamos de manera poco reflexiva. Nos dejamos llevar por el apasionamiento o la insensatez. Somos así. Sin embargo, no son éstos los errores más graves. Lo peor es tener planteada la vida de manera errónea.

Todos sabemos que la vida es un regalo. No soy yo quien he decidido nacer. No me he escogido a mí mismo. No he elegido a

mis padres ni a mi pueblo. Todo me ha sido dado. Vivir es ya desde su origen recibir. La única manera de vivir sensatamente es acoger de manera activa y responsable lo que se me da.

Sin embargo, no siempre pensamos así. Nos creemos que la vida es algo que se nos debe, que nos pertenece de manera exclusiva. Nos sentimos propietarios de nosotros mismos. Pensamos que la manera más acertada de vivir es organizarlo todo en función de mi mismo. Yo soy lo único importante. ¿Qué importan los demás?

Esto tiene consecuencias diversas. Algunos no saben vivir sino exigiendo. Exigen y exigen siempre más. Tienen la impresión de no recibir nunca lo que se les debe. Son como niños insaciables que nunca están contentos con lo que tienen. No hacen sino pedir, reivindicar, lamentarse.

Sin apenas darse cuenta, se convierten poco a poco en el centro de todo. Ellos son la fuente y la norma. Todo lo han de subordinar a su ego. Todo ha de quedar instrumentalizado para su provecho.

La vida de la persona se cierra entonces sobre sí misma. Ya no se acoge el regalo de cada día. Desaparece el reconocimiento y la gratitud. No es posible vivir con el corazón dilatado. Se sigue hablando de amor pero «amar» significa ahora poseer, desear al otro, ponerlo a mi servicio.

Esta manera de enfocar la vida conduce a vivir cerrados a Dios. La persona se incapacita para acoger. No cree en la gracia, no se abre a nada nuevo, no escucha ninguna voz, no sospecha en su vida presencia alguna. Es el individuo el que lo llena todo.

Por eso es tan grave la advertencia del evangelio en estos últimos días de la Navidad: «La palabra era luz verdadera que alumbraba a todo hombre. Vino al mundo... y el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no la recibieron». Nuestro gran pecado es vivir sin acoger.

VINO A SU CASA

Pocos años después de la guerra europea, w. Borchert en su obra «Fuera ante la puerta» gritaba estas palabras estremecedoras: «¿Dónde está ese

viejo que se llama Dios? ¿Por qué no habla? ¡Responded! ¿Por qué os calláis? ¿Por qué...? Nadie, nadie responde... ¿Dónde estás tú, el que sueles estar siempre en todas partes?».

Para muchos contemporáneos, Dios se ha quedado mudo para siempre. No habla. Se ha convertido en un viejo personaje lejano y extraño. Algo que se va difuminando poco a poco en medio de las nieblas del alma.

Hombres que tenían fe, la han ido perdiendo, y ya no saben cómo recuperarla. Hombres que tenían confianza en Alguien, han ido sufriendo decepciones dolorosas a lo largo de la vida, y ya no saben cómo volver a confiar. Hombres que un día rezaron, y de cuyo corazón no puede elevarse hoy invocación ni súplica alguna.

Cuántos hombres y mujeres viven, sin confesarlo, en una especie de ateísmo gris, insípido y trivial, en el que se han ido instalando poco a poco, y del que parece imposible ya resurgir.

Pero también hay quienes buscan a Dios sinceramente, y su búsqueda se hace difícil y dura.

¿Cómo creer en un Dios bueno, cuando millones de hombres mueren de hambre y buscan sedientos un agua que no llega?

¿Cómo creer en un Dios que se calla cuando los hombres aplastan la libertad, se destruyen unos a otros, y hacen imposible la convivencia?

¿No tenemos derecho también nosotros a gritar con el

salmista:

«¿Por qué escondes tu rostro? ¿Por qué duermes?».

Ante tanta injusticia, fracaso y dolor, ¿dónde está Dios?

El evangelista nos responde algo desconcertante. Dios ha venido al mundo. «Ha venido a su casa, y los suyos no lo han recibido».

No se puede decir nada más inaudito en palabras más sencillas.

A Dios no hay que buscarlo en lo alto del cielo, gobernando el cosmos con poder inmutable, o dirigiendo la historia de los hombres con mirada indiferente.

Dios está aquí, con nosotros, entre nosotros. Dios está precisamente donde los hombres han dejado de buscarlo.

Dios está en un hombre que nació pobremente en Belén, fue maltratado por la vida, y terminó ejecutado sin poderío ni gloria, en las afueras de Jerusalén.

Quizás, no lo percibimos porque está precisamente tan cerca, en nuestra carne, nuestra impotencia y nuestro dolor. No es una metáfora piadosa decir que hoy Dios «pasa miedo» en Palestina, «muere de hambre» en Afganistán, «está en paro» entre nosotros, y «es

ametrallado» en cualquier lugar del mundo donde se asesina sin piedad.

Aunque nuestra fe sea, a veces, «una llaga abierta» que nos hace gritar:

«¿Dónde está Dios?», seguimos creyendo que Dios está con nosotros, sufriendo nuestros sufrimientos, luchando nuestras luchas y muriendo nuestra muerte. Por eso, tenemos esperanza.

ACOGER LA PALABRA DE DIOS

San Juan comienza su evangelio hablándonos de la Palabra de Dios. Esa Palabra que estaba en Dios. Palabra que es vida y luz. Palabra que brilla en medio de las tinieblas. Palabra que se ha hecho carne y ha venido a habitar entre nosotros.

Esa Palabra de Dios la podemos escuchar ya, de alguna manera, a través del mundo y en la creación entera. Alguien Grande y Bueno se esconde detrás de las cosas que nos rodean.

Esa Palabra de Dios la escuchamos todavía mejor en la historia de los hombres.

Generaciones de hombres y mujeres que han sabido amar, sufrir, luchar por un mundo más humano. Esta humanidad no camina sola. Dios nos acompaña y nos dirige hacia la

Vida.

Esa Palabra de Dios la escuchamos con mucha mayor claridad en la historia concreta del pueblo de Israel. Un pueblo que ha cometido errores y pecados, pero que ha sido trabajado de manera particular por Dios. En su vida, sus leyes, su oración, sus costumbres, sus profetas, podemos escuchar la Palabra de Dios de manera más clara, penetrante y luminosa que en cualquier otro pueblo.

Pero sólo en la historia de Jesús encontramos en plenitud esa Palabra. Cuando Dios ha querido hablarnos y descubrirnos su misterio, lo ha hecho encarnándose en este hombre. Este Jesús es la última Palabra, la decisiva, la Palabra de Dios hecha carne.

¿Dónde podemos nosotros hoy encontrar esa Palabra para acogerla con fidelidad?

Ciertamente, podemos percibir a Dios en la naturaleza. Podemos seguir su rastro en la historia de los pueblos. Hemos de encontrarla en el fondo de nuestro corazón.

Pero los creyentes contamos con un camino privilegiado: la Biblia. Esos libros que recogen la experiencia religiosa de Israel y nos ofrecen la vida, el mensaje, la muerte y resurrección de Jesús.

El creyente no se acerca a la Biblia para leer en un libro sino para escuchar a Alguien. No trata de conocer una

doctrina sino de encontrarse con el UNICO.

No buscamos aprender una sabiduría nueva sino dejarnos penetrar por la fuerza y la luz del mismo Dios.

La celebración navideña de la Encarnación de la Palabra de Dios, tiene que ser para los creyentes una invitación a acercarnos con más asiduidad a los libros sagrados.

Esa Palabra nos puede dar una luz nueva y una vida diferente. Entonces podremos decir con más verdad y desde nuestra propia experiencia que la Palabra de Dios ha venido a habitar entre nosotros.